
Soldados mexicanos en el frente. México y la Segunda Guerra Mundial

Delia Salazar y Eduardo Flores

En la historiografía del periodo avilacamachista, se ha resaltado la importancia de la Segunda Guerra Mundial como una coyuntura a partir de la cual se revitalizó el proceso de industrialización del país, mediante el ingreso de capitales externos y la resolución de problemas bilaterales que habían alejado a México de los mercados financieros internacionales, desde el inicio de la revolución. De igual forma, se han analizado los cambios en la política interna y externa surgidos bajo los lineamientos de la “unidad nacional” y el “panamericanismo”, que llevaron a México a participar en el conflicto mundial al lado de las naciones aliadas. Dentro del marco de los acuerdos militares concertados en aquel entonces, se ha hecho hincapié en la organización de la defensa interna y en particular en las acciones del general Cárdenas al frente de la Secretaría de la Defensa Nacional, pero poco se sabe sobre la participación directa de los mexicanos en el frente de batalla, no sólo de aquellos que se insertaron en la lucha bajo la bandera norteamericana, sino también de los que lo hicieron bajo la bandera nacional.

La participación de los soldados nacionales en la Segunda Guerra Mundial ha pasado a la historia sólo como una línea, en donde se menciona la fuerza “simbólica” del Escuadrón 201. Indudablemente, la participación de 300 soldados mexicanos en el frente de guerra al lado de millones de soldados de otras nacionalidades,

poco pudo incidir en el desarrollo de un conflicto de la magnitud de la Segunda Guerra Mundial. Pero, ¿cuál fue el sentido de esa participación simbólica? ¿Qué objetivos persiguió el Estado mexicano al crear la fuerza expedicionaria mexicana? ¿Qué importancia tuvo dentro del debate político nacional e internacional? ¿Qué representó el Escuadrón 201 en el contexto del proceso de modernización del ejército nacional? ¿Por qué se decidió el envío de una escuadra mexicana al frente de guerra cuando se avecinaba el fin del conflicto? Estas interrogantes han guiado este trabajo, que si bien ahora sólo se presenta como un avance, intenta contribuir al conocimiento de un hecho histórico poco conocido, pero que tuvo repercusiones diversas tanto en la arena política como en la ideológica y la militar del México de los cuarenta.

Para la exposición de los problemas anteriormente mencionados, hemos dividido este ensayo en cuatro apartados. En el primero, nos centraremos en la problemática internacional que antecede al ingreso de México en la Segunda Guerra Mundial, haciendo particular hincapié en la tónica de las relaciones México-norteamericanas. En el segundo, analizaremos algunos aspectos de la política interna del régimen avilacamachista tendientes a crear un clima de opinión favorable al ingreso de nuestro país en el conflicto mundial, no sólo mediante la llamada “batalla de la producción”, sino también con

el envío de soldados al frente de guerra. En el tercero, nos referiremos al proceso de modernización del ejército nacional y a los cambios internos operados bajo la óptica de la defensa estratégica. Por último, nos centraremos en el debate ideológico en el cual aparece el Escuadrón 201, así como su composición, adiestramiento y participación en la contienda. Cabe mencionar que hemos dejado, para un trabajo posterior, la memoria personal de los excombatientes mexicanos que integraron aquel mítico Escuadrón 201.

México y el “buen vecino”

Una vez iniciada la revolución mexicana de 1910, el gobierno norteamericano mostró una clara preocupación por los intereses de sus conciudadanos residentes en México, no sólo por el temor a la pérdida de sus vidas o propiedades, sino también por la posibilidad de una intervención europea que atentara contra los principios de la Doctrina Monroe. De tal forma, durante la lucha armada y el proceso de pacificación y reconstrucción interna del país, las relaciones entre México y Estados Unidos fueron particularmente conflictivas; pasaron de momentos de franca hostilidad a otros de tolerancia mutua. México tuvo que resistir la intervención militar norteamericana en el puerto de Veracruz en 1914, así como la expedición punitiva de 1917. En las décadas siguientes, el gobierno nacional cabildó con los diplomáticos norteamericanos para evitar nuevas incursiones militares y para hacerse acreedor del reconocimiento internacional, al tiempo que se encontró aislado de los mercados financieros mundiales.¹

Durante la primera mitad de la década de los treinta, el peligro de una intervención norteamericana en México disminuyó por los efectos de la crisis económica mundial, que obligaron al gobierno norteamericano a replegarse en el arreglo de sus problemas internos. En 1933, el nuevo presidente de Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, planteaba una política de “buena vecindad”, mediante la cual se comprometía a no intervenir en los asuntos internos de las naciones latinoamericanas.² En el contexto nacional,

entre 1928 y 1935, las relaciones entre Estados Unidos y México fluyeron con mayor facilidad, debido a que el general Calles se abstuvo de lesionar los intereses norteamericanos. Pero, al finalizar la década de los treinta, la relación entre México y Estados Unidos volvió a entrar en crisis, aunque en ese momento con grandes contradicciones. Por un lado, algunos sectores del gobierno y la opinión pública norteamericana ejercieron una presión considerable sobre el régimen cardenista, al intentar salvaguardar los intereses de sus conciudadanos en México, en especial después de la expropiación de la industria petrolera y la reforma agraria, y por otro lado, trataron de respetar los acuerdos de mutua convivencia y no intervención que regían la política panamericana de la época.³

El enfrentamiento en el ámbito de los intereses económicos y políticos de México y Estados Unidos alentó la oposición en la opinión pública de ambas partes. En México, el nacionalismo llegó a una etapa álgida durante el régimen cardenista y de su mano se fortaleció un profundo sentimiento antinorteamericano entre las clases populares, atizado por la dirigencia política del país, que mostraba a Estados Unidos y a sus ciudadanos como representantes del imperialismo mundial y enemigos de la revolución. De igual forma, la imagen de México y los mexicanos en la opinión pública norteamericana sufrió un claro deterioro; se acusaba al gobierno de violar los derechos inalienables de la propiedad privada y se aludía a la existencia de un régimen “comunista” y “rojo”, al que también se calificaba de “fascista” y “nazi”. Sin embargo, en esa búsqueda por consolidar el espíritu panamericano, el gobierno de Roosevelt llevó a cabo una campaña de convencimiento sobre el Congreso y la opinión pública norteamericana, tendiente a resaltar los beneficios de la buena vecindad.⁴

Al finalizar la década de los treinta, ante el peligro que representaba el avance del fascismo europeo, los norteamericanos moderaron su actitud imperialista e intervencionista hacia México y el resto de las naciones americanas. Por un lado, Estados Unidos se colocó en una posición aislacionista frente a los avances de Alemania,

Italia y Japón, y por otro lado, promovió la integración política, económica y militar dentro del hemisferio occidental, bajo el argumento de resguardar la "seguridad continental".⁵ Este viraje en la política norteamericana favoreció a México, que aprovechó la coyuntura mundial para negociar sus problemas bilaterales con Estados Unidos, en el marco de las conferencias panamericanas llevadas a cabo en ese entonces.

Si bien el panamericanismo, como doctrina política integracionista, se inspiró en el espíritu bolivariano, al finalizar el siglo XIX los norteamericanos intentaron adecuarlo a los lineamientos de la Doctrina Monroe.⁶ Prueba de ello fueron las primeras reuniones panamericanas, llevadas a cabo entre 1889 y 1928, en donde el carácter central de las discusiones se resumió en la defensa de la independencia política y económica de las naciones latinoamericanas frente al imperialismo norteamericano.⁷ Todavía, durante la Conferencia Panamericana de Montevideo, llevada a cabo del 3 al 20 de diciembre de 1933, la tónica principal de las negociaciones se rigió por la búsqueda de acuerdos comerciales. Estados Unidos se esforzaba por lograr la liberación aduanera con Latinoamérica para aumentar la venta de sus manufacturas, al tiempo que buscaba acceder a materias primas en condiciones favorables. En contraparte, la posición latinoamericana se manifestaba recelosa frente al imperialismo norteamericano y en particular en relación con su intervencionismo militar, como fue el caso de México, que temía una incursión armada para presionar por el pago de la deuda externa y resarcir los daños sufridos por sus ciudadanos durante la revolución.⁸ A cambio de ciertos acuerdos comerciales, políticos y militares, Estados Unidos tuvo que pagar su cuota de no intervención en Latinoamérica, y retirar sus ejércitos de Nicaragua y Haití en 1933 y 1934.⁹

La siguiente reunión interamericana se llevó a cabo en Buenos Aires, Argentina, en 1936. En ella el interés norteamericano se concentró en disminuir la influencia económica y política de los estados nazi-fascistas en América. Entre los acuerdos, promovidos por las naciones latinoamericanas, se establecieron los principios de no

intervención y consulta como normas de convivencia. Asimismo, se ratificó la posición neutral del continente frente a los conflictos mundiales.¹⁰ Un año antes, en Estados Unidos, el congreso había aprobado una ley de neutralidad —que se hace permanente a partir de 1937— mediante la cual se prohibía la venta de municiones y armas a cualquier nación beligerante y se condicionaba la venta de otras mercancías al pago al contado y mediante transporte propio. De igual forma, prevenía a sus ciudadanos de abstenerse de viajar en embarcaciones de naciones beligerantes, por el peligro de perder el respaldo político estadounidense.¹¹

A pesar de que México suscribió los acuerdos de Lima, la política internacional del régimen de Lázaro Cárdenas no fue del todo concordante con los intereses norteamericanos. El gobierno mexicano sostuvo buenas relaciones diplomáticas con Alemania, lo que repercutió en un sensible crecimiento de las relaciones comerciales entre ambas naciones. Incluso, a consecuencia del boicot económico emprendido por las compañías petroleras inglesas y norteamericanas después de la expropiación, Cárdenas concertó diversos acuerdos con las naciones del Eje para la venta de petróleo.¹² No obstante, en el ámbito de las relaciones internacionales, el general Cárdenas se manifestó en contra de Alemania, por la violación de los tratados de Versalles en 1935 y por la anexión de Austria en 1938. Así también, el gobierno mexicano se opuso a la invasión italiana de Etiopía y mostró una política de abierto apoyo a la lucha republicana durante la Guerra Civil Española, incluso mediante el envío de armas y municiones y al recibir a refugiados españoles.

Sin embargo, presionado por las tensiones internacionales y la oposición interna, entre 1938 y 1940, el régimen cardenista moderó sus posiciones. En esos años, según Rafael Loyola, "el gobierno atenuó el reparto agrario, fue menos complaciente con las demandas obreras y mostró más interés en consolidar las reformas ejecutadas y en salvaguardar el aparato económico".¹³ Dicho viraje repercutió en el ámbito de las relaciones internacionales, ya que el gobierno nacional intentó disminuir la tensión con Estados

Unidos y se mostró más abierto a cooperar en la defensa hemisférica, lo que se refleja en las siguientes conferencias panamericanas.

Durante la reunión de Lima de 1938, el gobierno norteamericano se esforzó por disminuir la influencia de los regímenes nazi-fascistas en América Latina y prácticamente se abstuvo de incluir en la agenda la relación comercial existente entre México y las potencias del Eje.¹⁴ Al año siguiente, durante la Conferencia de Panamá, la tensión interamericana disminuyó por el inicio de la guerra europea, que paralizó las relaciones comerciales con Europa y repercutió en una mayor dependencia comercial de Latinoamérica con Estados Unidos.

Los acontecimientos europeos anunciaban la participación norteamericana en la guerra. A partir de 1937, Estados Unidos entró en una fase de "neutralidad armada", al incrementar su presupuesto bélico y el número de efectivos, al tiempo que reforzó sus equipos e instalaciones militares en el mundo.¹⁵ Asimismo, buscó incrementar las relaciones de tipo castrense con Latinoamérica mediante el envío de misiones diplomáticas y capacitando a sus oficiales en escuelas estadounidenses.¹⁶ La estrategia defensiva norteamericana amplió su horizonte sobre el resto del continente; en ella, México ocupaba una posición fundamental, no sólo por su cercanía geográfica, sino también porque sus recursos naturales se hacían necesarios para su seguridad, por ello propició el arreglo expedito de diversos problemas bilaterales.

Una vez iniciada la guerra europea, se llevó a cabo la conferencia de Panamá, en noviembre de 1939, en donde se ensayó por vez primera el principio de consulta interamericana y se ratificó la neutralidad y el resguardo de la paz mundial. En dicha reunión, los norteamericanos se comprometieron a apoyar económicamente a Latinoamérica a cambio de su alineación político-militar. En la declaración de Panamá, se estableció una zona de seguridad o neutralidad continental que cubría las aguas de las naciones americanas en una extensión de 300 millas marítimas, en donde debía llevarse a cabo un patrullaje conjunto para evitar cualquier incursión militar enemiga. Asimismo, en ese año, Es-

tados Unidos aprobó la venta de excedentes bélicos a Latinoamérica.¹⁷

La invasión alemana sobre Francia y la firma del armisticio, en junio de 1940, presionan la toma de posición norteamericana frente al conflicto europeo en favor de Inglaterra. Sin embargo, el Congreso norteamericano se oponía a violar la ley de neutralidad. Tuvieron que pasar varios meses y la tercera reelección de Roosevelt para que, en marzo de 1941, se decretara la Ley de préstamos y arrendamientos, mediante la cual se autorizaba al presidente a "vender, transferir, intercambiar o prestar" cualquier artículo de defensa a las naciones cuya "defensa fuera vital para Estados Unidos". Apenas decretada dicha ley, los norteamericanos se apoderaron de todas las naves del Eje que se encontraban en sus puertos.¹⁸ De tal forma, Estados Unidos pasa de la "neutralidad armada" a la "no beligerancia". Enseguida, otras naciones latinoamericanas tomaron medidas similares, como fue el caso de México, que incautó doce embarcaciones del Eje que se encontraban en Tampico y Veracruz.¹⁹

La alineación de México a las medidas estratégicas norteamericanas se hace más evidente en los primeros meses de 1941. Pero cabe mencionar que desde julio de 1940, en la Conferencia de La Habana, los diplomáticos mexicanos habían manifestado la posición de apoyar a Estados Unidos en las medidas necesarias para la defensa hemisférica y suscribieron el acuerdo de no transferencia de ninguna colonia europea en América. A cambio de dicha alineación, el gobierno norteamericano apresuró el arreglo de algunos problemas bilaterales, en especial el referente al petróleo. Poco antes de la conferencia, se habían dado a conocer los resultados preliminares de la elección presidencial en México que favorecían al candidato oficial Manuel Ávila Camacho. Su contrincante, Juan Andreu Almazán, inconforme con los resultados, intentó buscar el apoyo estadounidense para un eventual levantamiento armado, pero sin ningún resultado.²⁰ El clima de mejoría de las relaciones México-norteamericanas se observa por el anuncio del presidente Roosevelt de enviar al vicepresidente Henry Wallace a la toma de pose-

sión de Ávila Camacho y su negativa de apoyar algún acto contrario a su gobierno.

En diciembre de 1941, el ataque japonés a la base norteamericana de Pearl Harbor apresura el ingreso de Estados Unidos a la guerra. Inmediatamente después, el gobierno mexicano suspende relaciones diplomáticas y comerciales con Japón, Alemania e Italia y lleva a cabo diversas medidas tendientes a controlar y vigilar las actividades políticas y mercantiles de los súbditos del Eje en México.²¹ De igual forma, en enero de 1942, México participa en la Conferencia de Río de Janeiro, en donde reitera su apoyo a Estados Unidos. Así, suscribe los acuerdos creados para mejorar la circulación de materiales estratégicos y los que crean la Junta Interamericana de Defensa y el Consejo de Defensa Política.²² Incluso, mientras se llevaba a cabo dicha conferencia, se establece la Comisión México-Norteamericana de Defensa Conjunta.

En el primer semestre de 1942, el camino estaba dado para el ingreso de México a la contienda bélica. Las relaciones entre México y Estados Unidos mostraban síntomas de una clara mejoría, aunque no dejaron de existir algunos enfrentamientos entre la opinión pública de ambas partes en lo referente a la cooperación militar, como se verá adelante.

México en el camino de la guerra

El presidente Ávila Camacho, en su discurso de toma de posesión el 1 de diciembre de 1940, ratificó su decisión de colaborar con las naciones de América en la defensa continental y en el restablecimiento de la paz.²³ Durante el primer año de su gobierno, se fortalecieron las relaciones interamericanas, en particular con Estados Unidos. Prueba de ello fueron los acuerdos de noviembre de 1941 en materia petrolera. De igual forma, Estados Unidos concedió un préstamo a México de 40 millones de dólares y otro del Eximbank de 30 millones de dólares para la construcción de carreteras.²⁴ De esta manera, México reingresó a los mercados financieros internacionales.

Al tiempo que fluían los beneficios económicos de los acuerdos interamericanos, el gobierno de Ávila Camacho llevó adelante diversas medidas tendientes a cumplir con los acuerdos estratégicos y políticos. En el primer rubro se autorizó el vuelo a aviones americanos sobre el territorio nacional, y se prohibió la venta de materiales estratégicos a naciones no americanas.²⁵ En el segundo, en concordancia con los acuerdos del Comité de Defensa Política, se promovió una campaña antifascista, fuertemente respaldada por diversos sectores de la izquierda mexicana y la CTM.²⁶ De tal forma, diversas organizaciones sociales como la Unión Nacional Sinarquista, el Partido Acción Nacional, las Camisas Doradas, el Partido Autonomista Mexicano y la Falange Española, sufrieron constantes ataques en esos años e incluso se obstaculizó su derecho a manifestarse.²⁷ Dicha actitud, con claros tintes demagógicos y muchas veces exagerada debido a la escasa fuerza que tuvieron las organizaciones nazi-fascistas en México,²⁸ le sirvió al gobierno de Ávila Camacho para reprimir cualquier brote de oposición. Así, en octubre de 1941 se modifica el código penal para incluir sanciones contra los delitos de espionaje y disolución social.

A pesar de que los diplomáticos y políticos nacionales intentaban convencer a la opinión pública de los beneficios de la "buena vecindad" y las responsabilidades contraídas en la defensa de la "democracia" frente al "totalitarismo", la oposición parecía ser la norma.²⁹ Sin duda, la xenofobia antiyanqui no podía borrarse de un plumazo. Diversos sectores de la población nacional se expresaron en contra de los acuerdos México-norteamericanos; corrieron distintos rumores sobre la existencia de acuerdos secretos que violaban la soberanía nacional. Así, apenas iniciado el periodo presidencial de Ávila Camacho, el nuevo secretario de Relaciones Exteriores, Ezequiel Padilla, fue llamado a comparecer ante las cámaras sobre el alcance de los convenios interamericanos.³⁰ Presionado por la oposición, el gobierno nacional implementó una campaña de proselitismo tendiente a crear un clima de opinión favorable a la doctrina panamericana. Para ello, fue vital el papel desempeñado por

los medios masivos de comunicación, en especial después de la declaración del “estado de guerra” entre México y los estados pertenecientes al Eje, en junio de 1942.

El hundimiento de los buques tanques petroleros Potrero del llano y Faja de oro, el 13 y 22 de mayo de 1942 por submarinos alemanes, fue el pretexto para la incorporación de México en el conflicto bélico mundial.³¹ Como bien escribió Blanca Torres, el hundimiento de los barcos permitió romper la posición de “neutralidad aparente” que México había sostenido a lo largo de la guerra. En este caso, como dice Torres, la solución fue inventar “el estado de guerra”, concebido como “la guerra con todas sus consecuencias pero a la defensiva; no comprometía a pagar una cuota de sangre en el conflicto, cuando mucho, una cuota económica”.³² De esta manera tan ambigua el gobierno mexicano tomaría parte en la guerra apoyando a las potencias aliadas.

Apenas se dio a conocer la noticia del hundimiento de los barcos, diversos sectores de la población nacional, entre los que destacaban organizaciones obreras, se sumaron a la decisión presidencial de responder a la agresión perpetrada por las naciones del Eje y decretar el “estado de guerra”, aunque no faltaron quienes se opusieron a tales medidas, como los representantes del Partido Acción Nacional.³³ Al mismo tiempo, el ejecutivo decretó una serie de medidas extraordinarias, como la suspensión de diversas garantías constitucionales, e instó a la población a sumarse a un plan de ahorro nacional que contribuyera al esfuerzo por la defensa del territorio.³⁴

Enseguida de la declaración del “estado de guerra”, las páginas de los medios impresos nacionales se inundaron con noticias, editoriales y anuncios que hacían referencia al conflicto mundial; también la radio y el cinematógrafo contribuyeron a favorecer la causa de los aliados. En dicha campaña propagandística fue fundamental el papel desempeñado por la Oficina Coordinadora de Asuntos Inter-Americanos, dirigida por Nelson Rockefeller, que invirtió grandes sumas de capital en diversas empresas de comunicación en el territorio nacional; financió periódicos, revistas, estaciones de radio e incluso a

cinéastas para que se sumaran a la campaña proaliada. De igual forma, según José Luis Ortiz Garza, las empresas norteamericanas en México compraron infinidad de espacios en los medios de comunicación para anunciar sus productos, que incluían frases alusivas a la victoria aliada y al esfuerzo conjunto.³⁵

Esta impresionante campaña propagandística se acompañó con innumerables actos cívicos, en donde se enaltecían los valores del pueblo mexicano, tales como: “patriotismo”, “honor”, “valor”, “virilidad” y “nacionalismo” entre otros, pero matizados con elementos panamericanos. Hasta en las más apartadas regiones del país, el estado promovió la organización de comités de defensa civil que serían los encargados de preparar y apoyar a la población en el caso de un ataque enemigo. En las escuelas, los maestros enseñaron a sus alumnos a marchar, al tiempo que organizaron ceremonias tendientes a fortalecer el espíritu patrio. Se llevaron a cabo simulacros en donde se obscurecían las ciudades por las noches, para prevenir ataques enemigos; se persiguió a ciertos extranjeros por sus actividades subversivas, se incautaron sus propiedades e incluso algunos fueron conducidos a campos de concentración.³⁶ Al mismo tiempo, se impulsó una campaña de ahorro de energéticos y se estimuló la producción de aquellos artículos que contribuyeran al triunfo de los aliados. De tal forma, lentamente se fue creando un ambiente artificial de guerra, a pesar de la distancia con el frente.

A estos actos también se sumaron diversas organizaciones obreras, incluso la CTM se comprometió a no realizar huelgas en apoyo de la “batalla de la producción”.³⁷ Sin embargo, “el esfuerzo adicional” solicitado por Ávila Camacho no recibió una acogida unánime. En los medios aparecían críticas a la política económica y social del estado, veladas por el peligro que representaba la censura en un momento en que se encontraban limitadas las garantías constitucionales, en especial la libertad de prensa.

Uno de los problemas más espinosos que se llegó a debatir en los medios fue el hecho de que muchos mexicanos residentes en Estados Unidos estaban siendo enrolados por el ejército nor-

teamericano. La diplomacia mexicana intervino, evitando por algún tiempo que los mexicanos fueran enviados al frente, pero, una vez que México entró en la guerra, poco se pudo hacer. Finalmente, mediante un acuerdo firmado en enero de 1943, ambas naciones autorizaban el registro y reclutamiento de sus nacionales residentes en cada país, aunque se acordó que su duración sólo se extendería al periodo de guerra.³⁸ Se calcula que alrededor de 15,000 mexicanos residentes en Estados Unidos participaron en la contienda bajo la bandera norteamericana. Cabe mencionar que en dicho acuerdo no estuvieron incluidos los trabajadores agrícolas mexicanos que habían ingresado a ese país mediante los tratados bilaterales.

Ávila Camacho, desde la declaración del “estado de guerra”, se había comprometido a no contribuir con ejércitos de sangre al conflicto bélico; sin embargo, hacia el segundo semestre de 1943 la política nacional (en ese rubro) empieza a virar de una posición defensiva a una posición combativa. Para este cambio de posición del ejecutivo contribuyeron diversos factores; en primer lugar, en ese año, el gobierno norteamericano mostraba un interés cada vez menor por cumplir los acuerdos pactados, al disminuir su apoyo económico y el suministro de insumos y maquinaria para la industria nacional, al tiempo que limitaba la posibilidad de adquirir armas y municiones mediante el sistema de préstamos y arrendamientos.³⁹ De tal manera, el viraje de la política nacional hacia una participación directa muy probablemente estuvo dirigido a la búsqueda de una posición de fuerza que obligara a los Estados Unidos a cumplir con los compromisos pactados.

De igual forma, en el nivel interno, en la segunda mitad de 1943 el país se enfrentaba a los efectos de una crisis económica relacionada en buena medida con los acuerdos económicos internacionales. El ingreso de capitales extranjeros en ciertas áreas de la industria, aunados a la llegada de capitales golondrinos y el crecimiento de las exportaciones de materias primas, provocó un excedente de circulante en el país. Dicho excedente no logró invertirse adecuadamente por la escasez de bienes de consu-

mo interno y externo, lo que llevó al país a una inflación galopante que dejó ver sus peores efectos en las áreas urbanas. Por ejemplo, la carestía en la ciudad de México provocó un sinnúmero de huelgas y manifestaciones, al grado de que el presidente tuvo que decretar un salario de emergencia y el congelamiento de precios.⁴⁰

En este orden de cosas, no es difícil explicar que el gobierno mexicano decidiera incrementar un ingrediente más en su favor, un símbolo que aglutinara las opiniones discordantes y le sirviera como un arma en el debate internacional, como el Escuadrón 201. En medio de una crisis económica y después de unas elecciones empañadas por el robo de urnas y el fraude electoral, la aparición de un conjunto de patriotas nacionales que arriesgaban su vida por el honor del país y por la conservación de los valores de la democracia distrajo la atención de la población inconforme con la política económica del régimen. De igual forma, la presión ejercida por ciertos sectores del ejército contribuyó a la toma de decisión presidencial de enviar mexicanos al frente de batalla, como veremos en seguida.

El ejército en guerra

Durante el periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho, el conflicto bélico internacional abrió una coyuntura para profundizar el proceso de modernización en el ejército mexicano. Los cambios más significativos estuvieron orientados a la capacitación profesional, para lo cual se incrementó el sistema educativo militar; algunos cuadros se perfeccionaron en las academias militares en el extranjero, principalmente en Estados Unidos. Otra de las medidas tomadas fue la instauración del Servicio Militar Nacional, con lo cual se dio adiestramiento a grandes sectores de la sociedad y se constituyó una importante fuerza de reserva. Asimismo, el gobierno mexicano se vio precisado a establecer una estrategia de defensa y vigilancia en sus litorales, con lo cual el ejército tuvo la posibilidad de modernizar su equipo bélico. Este conjunto de iniciativas propició la participación de México en la Segunda Guerra Mundial.

¿Cuál era la situación del ejército antes de la guerra? Después de la revolución, el ejército pasaba por un momento de reconstrucción; las fuerzas armadas eran el producto de una alianza de las distintas facciones revolucionarias, pero éstas se caracterizaban por una desorganización en sus filas y tenían un equipo prácticamente obsoleto. Se calcula que el ejército estaba constituido aproximadamente por unos 50 mil miembros. Ante tales condiciones, los gobiernos posrevolucionarios impulsaron distintos planes para transformar la institución.

En este sentido, Jorge Alberto Lozoya asegura que desde el periodo presidencial del general Obregón se inició un proceso de profesionalización de las fuerzas armadas. Dicha iniciativa pretendía crear una estabilidad política, fortalecer al ejecutivo y restar poder a los caudillos. Además de capacitar en forma técnica a las fuerzas armadas, el gobierno federal

recompensó sagazmente con puestos políticos y promociones a los jefes y oficiales que en los momentos de rebelión habíanse mantenido fieles a él, como queda demostrado por el número de militares que ocuparon puestos en los gabinetes presidenciales. Resultaba de mayor provecho conservar la lealtad al gobierno que levantarse en rebeliones siempre castigadas severamente.⁴¹

Como parte de esta política, el gobierno obregonista puso en marcha una depuración en los cuadros armados con el fin de neutralizar o eliminar a los enemigos potenciales. En general, las modificaciones se concretaron en: la separación de las soldaderas, cumplir en estricto con las relaciones jerárquicas, cuidar el orden a través de una policía política, reglamentar en estricto sentido todas las operaciones y reducir el número de efectivos del ejército.

De hecho, como dice Guillermo Garduño, en estos años las fuerzas revolucionarias se transformaron en un nuevo ejército, en el cual existía la posibilidad de un mayor control y la factibilidad de someter a estas fuerzas mediante diversos mecanismos. Según Garduño, uno de los

métodos más efectivos para depurar las filas del ejército fueron las rebeliones, las cuales abrieron la posibilidad de suprimir los compromisos y cotos de poder de un cuerpo profundamente dividido.⁴²

Con el fin de aumentar el poder estatal, el régimen cardenista continuó con estas reformas, pero cambió sus bases de apoyo. Es bien conocido que el general Cárdenas impulsó una política de masas con la cual promovió a las grandes centrales obreras y campesinas. Asimismo, las reformas sociales fueron acompañadas de una política nacionalista y de expropiación. Durante estos años, otro cambio significativo se dio a nivel de la organización política; en otras palabras, el Partido Nacional Revolucionario fue reestructurado y se convirtió en un partido con bases populares a las que se incorporaron las fuerzas armadas. De este modo, el Partido de la Revolución Mexicana quedó constituido por los sectores campesino, obrero, popular y militar.

La incorporación de los militares al PRM, según Guillermo Boils

trajo consigo ciertos riesgos, en vista de que podía servir como primer eslabón de una cadena que condujera a revitalizar las tendencias hacia una mayor participación política entre los comandantes militares. De ahí que se procedió a una especie de malabarismo político de masas; y si potencialmente se fortalecía a los generales, dicha medida se equilibraba con el fortalecimiento de la base militar. Sobre todo, lo decisivo fue el robustecimiento de los otros sectores del partido, especialmente los aglutinados en la CNC y la CTM.⁴³

Si bien es cierto que las reformas llevadas a cabo en el ejército tenían como finalidad reducir el poder de los altos mandos de las fuerzas armadas, incorporar nuevos métodos administrativos y establecer las reglas de premios y recompensas, también es verdad que el sector militar no fue desplazado del control político y continuó manteniendo sus cotos de poder. Pero se les convenció, hasta cierto punto, para que tomaran

parte en la distribución de cuotas de poder por la vía civil.

En este sentido, un ejemplo claro de la importancia de los personajes militares es posible comprobarlo en la lucha electoral de 1939. En ella se presentaron seis precandidatos que tenían ciertos rasgos comunes, por ejemplo: habían participado en la revolución, habían logrado escalar puestos de alto rango militar, habían ocupado distintos cargos en la administración pública, se habían convertido en la segunda generación de los viejos caudillos revolucionarios. Sin embargo, se diferenciaban por sus preferencias ideológicas y bases de apoyo. En el camino se quedaron los de escaso éxito y en la contienda electoral sólo se enfrentaron Manuel Ávila Camacho, Juan Andreu Almazán y Rafael Sánchez Tapia.⁴⁴

Según los resultados oficiales, Manuel Ávila Camacho derrotó de forma abrumadora a sus competidores y obtuvo el 99 por ciento de los votos. Pero el triunfo quedó empañado por la sospecha de un enorme fraude electoral. Sobre decir que el resultado de las elecciones fraccionó aún más al cuerpo militar e inclusive se dieron algunas revueltas. La más peligrosa ocurrió el 1 de octubre de 1940, cuando un grupo armado intentó apoderarse de la ciudad de Monterrey y le costó la vida al general Andrés Zarzoza Verástegui, estrecho seguidor de Almazán.

¿Cuál fue la política de Manuel Ávila Camacho respecto a las fuerzas armadas? Una vez en el poder, el presidente puso en acción un plan para modernizar al ejército; el proyecto siguió tres líneas de acción: organización, defensa hemisférica y educación. Una de las tareas prioritarias del nuevo gobierno fue la de curar las heridas que habían dejado las elecciones pasadas. Para ello se determinó que hubiera una unificación en los mandos y un reconocimiento fiel a la estructura orgánica de la institución, comenzando la pirámide con el presidente, el secretario de la defensa nacional, los subsecretarios, el oficial mayor y el estado mayor.⁴⁵ Asimismo, se buscó la armonía de la comunidad militar a través de una nueva reglamentación de las funciones administrativas, atribuciones técnicas y distribuciones operativas, para lo cual fueron rees-

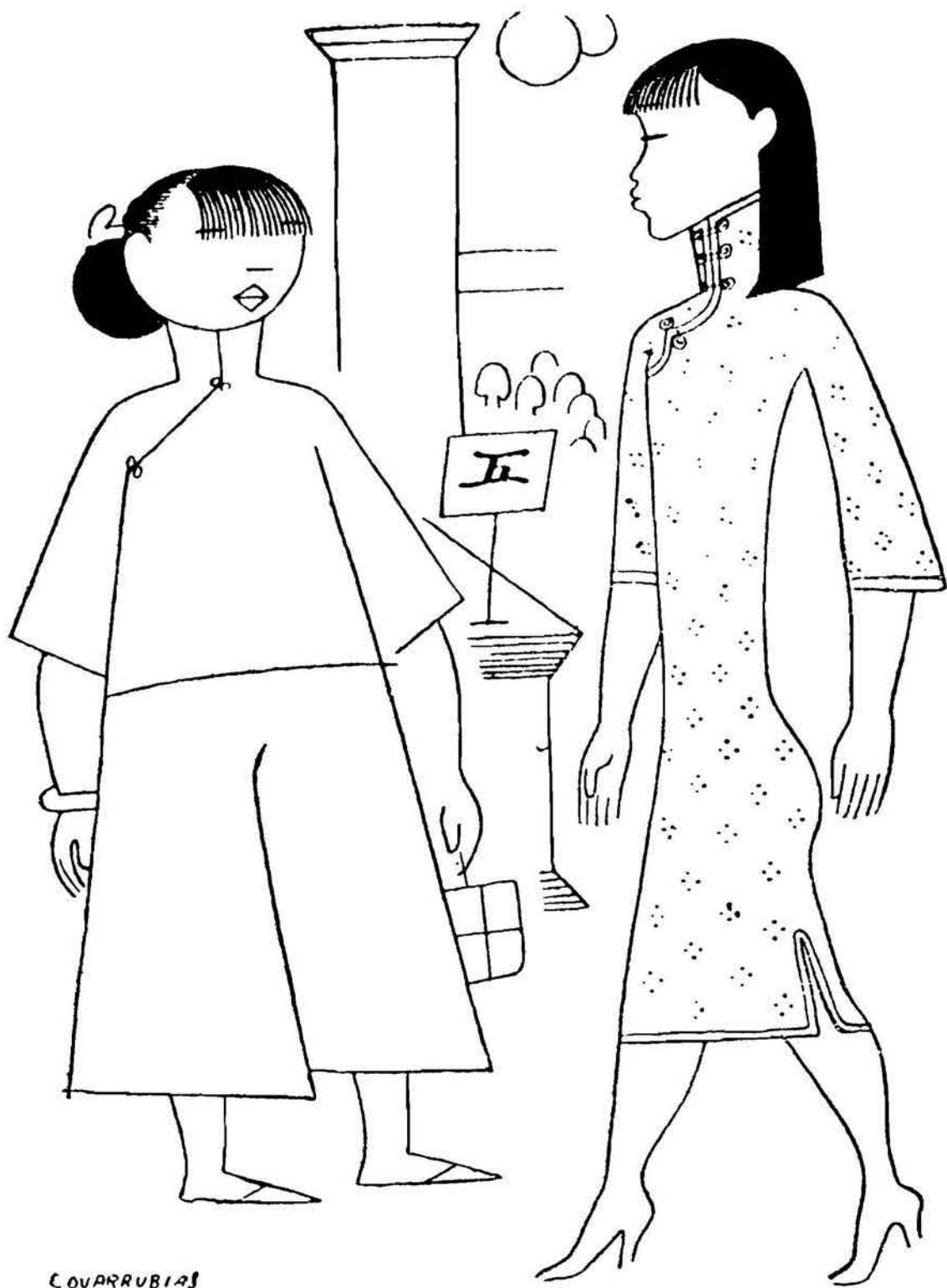
tructuradas y creadas distintas direcciones administrativas.⁴⁶

A partir del ataque japonés a la base militar norteamericana de Pearl Harbor, el plan de modernización del ejército dio un nuevo giro. Como se mencionó, el gobierno mexicano se vio comprometido a establecer un acuerdo conjunto con Estados Unidos con el fin de proteger los litorales, pues eran flancos que podían convertirse en presa fácil de un ataque enemigo.⁴⁷ Antes de este hecho, el territorio nacional estaba dividido en 34 zonas militares. A partir de entonces se impuso una nueva geografía militar y fueron creadas las regiones militares del Pacífico, Golfo e Istmo. El número de zonas militares permaneció sin alteración, pero algunas de ellas pasaron al control de las citadas regiones. Además, las fuerzas armadas, por las necesidades de la guerra, quedaron concentradas en las plazas de Guadalajara, Puebla, Distrito Federal, Irapuato, Monterrey y Cuernavaca.⁴⁸

La región militar del Pacífico fue comandada por el general Lázaro Cárdenas, quien sirvió como un garante para frenar las ambiciones norteamericanas. Arturo Dávila Caballero, subjefe del Estado Mayor Presidencial, escribió en un informe confidencial: "creo que los Estados Unidos tienen un verdadero interés tanto militar como económico en Baja California y que esperan la oportunidad propicia, que por otra parte tratan de provocar, para iniciar una ocupación solapada".⁴⁹

El tiempo le daría la razón a Dávila Caballero, porque las acciones para vigilar y cuidar las costas del Pacífico provocaron serios conflictos entre el ejército norteamericano y el general Cárdenas. Éste defendió la soberanía nacional y se empeñó en establecer un trato equitativo para no verse subordinado a las decisiones norteamericanas. Además, durante los primeros meses de 1942 existieron fuertes disputas entre la Comisión Conjunta de Defensa México-Estados Unidos, el Estado Mayor Presidencial y el general Cárdenas.

En este sentido, existieron diversos hechos que rompieron la armonía de la colaboración entre ambos países. Por ejemplo, un incidente que tuvo una grave trascendencia fue un su-



COVARRUBIAS

puesto ataque aéreo japonés a la ciudad de Los Ángeles, el cual estuvo acompañado por el rumor de un bombardeo a la bahía de Santa Bárbara. En consecuencia, el ejército norteamericano afirmó que los aviones habían salido de bases enemigas localizadas en Baja California. El gobierno mexicano realizó un enorme esfuerzo para desmentir este hecho y disipar una amenaza de ocupación norteamericana. Otro motivo de conflicto fue que México no aceptó las propuestas norteamericanas para la instalación de bases militares en territorio mexicano y la custodia de buques petroleros por los norteamericanos.⁵⁰

Después de una serie de negociaciones entre ambas partes, sólo se construyeron tres estaciones de radares, con personal norteamericano pero que tenían la misión de entrenar a miembros del ejército mexicano. En cambio, los campos aéreos proyectados, que habían levantado fuertes polémicas, jamás se llegaron a construir. Pero las relaciones con Estados Unidos no sólo fueron negativas: el ejército salió muy beneficiado por la adquisición de armamento y materiales necesarios que apoyaron su profesionalización.

Entre 1943 y 1944, según lo establecía la ley de préstamos y arrendamientos, México consiguió un crédito por 40 millones de dólares; pero al finalizar el conflicto sólo adquirió armas y equipo por 18 millones, de los cuales, según los convenios, el gobierno mexicano sólo cubriría el 33 por ciento de la deuda, y la amortización se llevaría a cabo en plazos muy flexibles. De hecho, el equipo adquirido fue pieza clave para la modernización del ejército, con lo cual se logró dotar de pertrechos a las divisiones de infantería, la brigada motomecanizada y los escuadrones aéreos. Todas estas armas fueron fundamentales para custodiar los litorales y para mostrar a la población el nuevo poderío del ejército.

En septiembre de 1942, el presidente realizó un cambio inesperado en la política de seguridad nacional frente al "estado de guerra" y reestructuró los altos mandos del ejército. Para ello nombró como secretario de la Defensa Nacional al general Lázaro Cárdenas, en sustitución del general Pablo Macías; éste pasó a hacerse cargo

de la comandancia del Pacífico, lo que trajo como consecuencia un reacomodo de funcionarios en el interior de la secretaría.⁵¹ Otro de los ex presidentes, Abelardo L. Rodríguez, se había hecho cargo de la región militar del Golfo. Dicha zona era estratégica por el tráfico enorme de mercancías mexicanas hacia Estados Unidos, por lo cual necesitaba una estrecha vigilancia.

Por otra parte, la capacitación profesional de los miembros del ejército contempló una amplia gama de planes educativos, que iban desde la alfabetización hasta la instrucción profesional. Para llevar a cabo este propósito se impartieron diversos cursos de instrucción militar en todas las corporaciones y grupos de reservas. Durante el periodo de la guerra, el ejército contaba con doce escuelas militares que cubrían las principales áreas de la secretaría.⁵² En ellas se reestructuraron los planes académicos y se modernizaron sus métodos e infraestructura. De igual forma, los jefes y oficiales, como lo habían hecho de forma tradicional, continuaron efectuando estudios en los campos de entrenamiento y academias militares en el extranjero, con lo cual se tuvo una mayor disponibilidad de personal capacitado (o "diplomado") que desplazó a la vieja guardia formada al calor de la contienda revolucionaria.

La Secretaría de la Defensa Nacional también implementó un programa de capacitación para las reservas del ejército, las cuales estaban integradas por obreros y campesinos; dichas unidades estaban comandadas por elementos del ejército y se habían creado antes de la guerra con el fin de ser utilizadas en los momentos de emergencia. De igual forma, el gobierno impulsó la creación de comités de defensa civil para capacitar militarmente a grandes contingentes de la población.

En este renglón, por las circunstancias de la guerra, se puso en marcha el viejo proyecto del servicio militar nacional.⁵³ En agosto de 1940, el Congreso aprobó la ley del Servicio Militar Nacional; sin embargo, dicha ley no entró en vigor sino hasta el 3 de agosto de 1942. Los presidentes municipales de todo el país realizaron un empadronamiento para registrar a los jóvenes nacidos durante 1924 y el ejército abrió ofi-

cinas de reclutamiento en las distintas zonas militares. Después de un sorteo, a principios de 1943, se contaba con 10,000 conscriptos, los cuales fueron divididos en dos grupos para recibir instrucción de forma alternada, ya que el ejército tenía una capacidad de recepción limitada.⁵⁴

Para el general Luis Alamillo Flores la ley de reclutamiento tenía un gran significado, según él:

educa y transforma al individuo para convertirlo en ciudadano, y hace de él una unidad de producción; desde el punto de vista técnico militar condensa el principio de preponderancia de las reservas, permitiendo que se reduzca el activo del ejército mejorando su calidad. Su existencia se justifica en virtud de que sirve para instruir a los contingentes de las diferentes conscripciones que moviliza y encuadra, y porque protege en caso de guerra la ejecución de la movilización general del país.⁵⁵

En el discurso castrense, el servicio militar nacional era considerado como una obligación patriótica que todo ciudadano debía cumplir. Los nuevos conscriptos debían estar preparados para la guerra moderna y existía el compromiso —presidencial— de que sólo era un entrenamiento, ya que la instrucción militar se había impuesto con miras defensivas. Los conscriptos debían proteger las instituciones, todas las clases debían unirse para defender la democracia y el ejército mexicano no enviaría tropas a los escenarios de guerra.⁵⁶

En general, los altos mandos del ejército se sintieron satisfechos por el reclutamiento del servicio militar nacional. La convocatoria provocó que un gran número de voluntarios se enlistaran con gran entusiasmo y con deseo de defender la soberanía nacional. Sin embargo, es bien claro que la puesta en marcha del reclutamiento levantó una ola de violencia y abusos de distinta índole. Ante el temor de ser carne de cañón y por disputas locales, algunos grupos aprovecharon la ocasión y se alzaron en armas en los

estados de Zacatecas, Puebla y Morelos. Pero las fuerzas armadas reprimieron los levantamientos y sometieron a los descontentos.

En otros pueblos, el reclutamiento se convirtió en realidad en una leva forzosa tan despiadada como en épocas pasadas. El general Francisco L. Urquiza describió con detalle dicha situación, decía que:

El personal que llegaba era muy bueno; joven, sano, fuerte y lleno de optimismo, a excepción de los estados de Guanajuato y Michoacán, que enviaron puros indios reclutados de leva, al margen de la nueva ley. Algunos pobres muchachos llevaban todavía en sus muñecas huellas de ligaduras, pues los habían atado como a criminales para conducirlos a los lugares de destino. La mayoría de estos indígenas iban casi desnudos y hambrientos; muchos de ellos no hablaban castellano. Daba verdaderamente pena ver aquella pobre gente.⁵⁷

Los preparativos de defensa, la adquisición de un armamento bélico sofisticado y la capacitación profesional crearon un ambiente de guerra. En este tiempo, la Secretaría de la Defensa Nacional realizó un sinnúmero de demostraciones militares, simulacros de batallas y demostró ante el público todos los conocimientos adquiridos y la destreza lograda en el manejo de las armas. Pareciera ser que el ejército mexicano estaba listo para luchar en el frente de batalla pues su capacitación profesional era similar a la de cualquier parte del mundo.

La fuerza expedicionaria

¿Cuáles fueron los elementos que se tomaron en cuenta para decidir el envío de tropas al frente de batalla? Por lo que hemos podido investigar, el gobierno determinó que las fuerzas armadas mexicanas unieran su esfuerzo a las potencias aliadas, en un momento en que había disminuido el interés norteamericano por cumplir con

los acuerdos estratégicos y en donde se presentaban diversos síntomas de inestabilidad social. De igual forma, era necesario aprovechar la coyuntura mundial para incrementar la capacitación de ciertos cuadros del ejército. Para conseguir tal objetivo, el gobierno tuvo que conseguir el apoyo de la opinión pública, negociar la participación con Estados Unidos y lograr un acuerdo entre los altos mandos del ejército.

A mediados de octubre de 1943, en la prensa nacional corrió el rumor de la posibilidad de que las tropas mexicanas salieran a combatir a los frentes de guerra. La noticia explicaba que el envío de tropas no se haría de forma inmediata y que se tenía que preparar con todo cuidado la expedición. Asimismo, debido a las carencias económicas del país y a la situación técnica de las fuerzas armadas, el ejército mexicano sólo participaría con un grupo selecto de hombres bien adiestrados que pelearían junto con las potencias aliadas. Según la noticia, la propuesta había salido de algunos "jóvenes oficiales, los jefes y generales".⁵⁸

La noticia provocó un gran revuelo entre la opinión pública. Los distintos personajes de la clase política se vieron en la necesidad de manifestarse. Esta nueva situación generó la formación de distintos bandos que lucharon en favor o en contra de la guerra. El secretario de la Defensa Nacional mostró una gran cautela para hacer sus declaraciones e, inclusive, días después, la propia Secretaría, queriendo deslindar su responsabilidad, declaró "que las fuerzas que existen en el país están destinadas a la defensa del propio territorio nacional".⁵⁹

En cambio, en otros sectores el rumor fue apoyado de manera precavida. El canciller, Ezequiel Padilla, declaró que si "se contaba con la oportunidad y el equipo necesario, estoy seguro, porque conozco el espíritu militar del ejército, que nuestro país cumpliría con sus compromisos como beligerante".⁶⁰ La noticia reveló que existía un numeroso grupo que estaba en favor de ir a la guerra; entre ellos había senadores, diputados, líderes sindicales, burócratas y muchos más. El Partido Comunista manifestó su total apoyo a la iniciativa; aseguraba que esa idea "coincide con nuestra orientación política".

Vicente Lombardo Toledano manifestó que "desde que México declaró la guerra, yo he considerado que nuestro país debía cooperar militarmente y no sólo de una manera económica".⁶¹

Entre los opositores destacó Salvador Novo, quien a través de varios artículos impugnó la aspiración de que marcharan tropas mexicanas al frente de batalla. Decía que existía el rumor de que México debía ganar un lugar en la mesa de paz, para lo cual había que participar militarmente. Además, señaló que los personajes que estaban en favor de la guerra utilizaban el argumento de que las fuerzas armadas debían seguir el ejemplo de los ejércitos de Cuba y Brasil.⁶²

Para Novo, en las negociaciones de paz los mexicanos habían ganado un lugar por el hecho de colaborar con las potencias aliadas, y en consecuencia no era necesario derramar sangre. Reiteró la idea, como lo había hecho el presidente en varias ocasiones, de que México sólo debía participar en la guerra desde el surco y el taller, ya que para las Naciones Unidas valía más o igual un furgón de semillas que un cañón o un barco. Afirmó también que el ejército mexicano no contaba con la preparación suficiente y mucho menos con el equipo adecuado, y que entre los aliados no pueden "darse regateos mercenarios y anticipados como condiciones de igualdad para la posguerra".⁶³

La polémica continuó por algunas semanas; los argumentos esgrimidos eran de toda naturaleza, algunos pensaban que era necesario vengarse de los nazis por el hundimiento de los barcos; otros decían que el gobierno mexicano ya se había tardado mucho y que era imprescindible enviar tropas; para algunos más México debía contribuir a la derrota del hitlerismo por las implicaciones ideológicas y políticas que beneficiarían a todo el mundo.

No obstante, la Secretaría de la Defensa y algunos jefes militares se oponían a que México participara de forma bélica; pensaban que la labor diplomática era más que suficiente. Sin embargo, poco tiempo después, el ambiente de guerra tomó un cauce distinto. El presidente, Manuel Ávila Camacho, aseguró en una reunión del alto mando de las fuerzas armadas que

“el ejército mexicano está dispuesto a actuar donde las circunstancias lo necesiten”.⁶⁴

Un seguimiento exhaustivo de las noticias y boletines oficiales en la prensa nos lleva a suponer que la campaña en favor de ir a la guerra fue una iniciativa del gobierno. Es evidente que se creó de forma artificial un clima de discusión entre la opinión pública, con el fin de que diversos sectores se manifestasen y presionaran al ejecutivo para que liderara a los batallones en la guerra. De hecho, la campaña funcionó como un mecanismo de unidad de todos los sectores y, a pesar de las críticas, consiguió el consenso de la clase política.

Esta medida demagógica distrajo la atención sobre el empobrecimiento de los grandes sectores de la población y de forma paralela ayudó a presionar a Estados Unidos para que cumpliera con los acuerdos económicos y militares. El entonces subsecretario de la Defensa Nacional, el general Francisco L. Urquiza, en un escrito autobiográfico consideró que ya era tiempo de que “comencemos a preparar el ánimo de la Nación”; es decir, el presidente necesitaba el apoyo de la opinión pública para tomar la decisión de enviar a un contingente.⁶⁵

Tal vez por esta razón el presidente, durante varios meses, fomentó con ambigüedad el proyecto de enviar tropas a la guerra. En sus discursos siempre puso como una condición imprescindible que las potencias aliadas solicitaran la intervención de México y manejaba la posibilidad de colaborar sólo de forma representativa. Es decir, que México no tendría que sacrificar a grandes contingentes de las fuerzas armadas. Ante la evidente derrota de las potencias del Eje, el envío de tropas se hizo más firme.

Desde un principio, los altos mandos del ejército pensaron que lo idóneo sería enviar a un escuadrón aéreo constituido aproximadamente por unos 300 miembros. De otra forma México tendría que participar con el envío de un contingente de tierra, es decir, una división. Pero esta medida tenía varias desventajas: primero se tendría que mandar a unos doce mil hombres y preparar otro grupo igual para relevarlos; sin embargo, todos ellos representarían cerca del 50 por ciento de los efectivos del ejército; en segun-

do lugar, el equipo necesario y el mantenimiento de la tropa elevaban de forma desmedida el costo económico y, finalmente, una división mexicana entre los millones de combatientes de los aliados iba a pasar desapercibida.⁶⁶

Como parte de la política de profesionalización, la Fuerza Aérea Mexicana fue una de las áreas más beneficiadas del ejército. De forma permanente, los oficiales más destacados fueron adiestrados en los campos aéreos norteamericanos; éstos lograron perfeccionar sus conocimientos y obtuvieron una excelente experiencia por el contacto con la tecnología bélica más moderna. También, la Fuerza Aérea logró desarrollar su infraestructura de forma considerable: se construyeron y acondicionaron nuevos campos de aterrizaje, se mejoró en mucho el equipo militar con la adquisición de una nueva flota aérea formada por aviones de alta tecnología. Por estas razones, el presidente y el alto mando del ejército decidieron que lo idóneo era que un escuadrón aéreo fuera preparado para representar a México en la guerra.

Al mismo tiempo, el gobierno entabló una negociación con Estados Unidos para coordinar la incorporación de un contingente mexicano a las tropas norteamericanas.⁶⁷ En el convenio entre ambos países se estableció claramente que el escuadrón aéreo estaría bajo las órdenes del ejército norteamericano, aunque las tropas serían comandadas por un jefe mexicano cuyas funciones serían las de supervisión, enlace y administración del escuadrón. El comando mexicano debería de adoptar y obedecer las reglas de Estados Unidos.⁶⁸

En los acuerdos técnicos quedó asentado que los aviones mexicanos llevarían las identificaciones de Estados Unidos y la insignia mexicana. Los miembros del escuadrón tendrían las mismas condiciones laborales que los norteamericanos; los pagos se realizarían en dólares, para lo cual el gobierno mexicano haría un adelanto de medio millón de dólares al Departamento de Guerra. Todos los equipos y materiales utilizados serían proporcionados por el ejército norteamericano, pero su costo sería cargado de acuerdo con los procedimientos del convenio de préstamos y arrendamientos.⁶⁹

Los jefes del ejército mexicano determinaron formar tres escuadrones de combate a los que se les denominó 201, 202 y 203; el primero saldría a entrenarse a Estados Unidos; el segundo sería instruido en territorio mexicano y en caso necesario sería utilizado como relevo y, el tercero, sería considerado como una fuerza de reserva.

El personal del ejército fue seleccionado de entre la Fuerza Aérea, Infantería, Artillería y otras oficinas de la institución; pero a falta de todas las especialidades requeridas se le pidió su colaboración a un grupo de voluntarios procedentes de la fábrica de Materiales de Guerra.⁷⁰ De esta forma se llegó a constituir un contingente cercano a los trescientos integrantes. El 21 de julio de 1944 se realizó una concentración multitudinaria para despedir a los mexicanos que irían a capacitarse a Estados Unidos. A partir de ese momento la prensa nacional seguiría cada uno de los pasos de los miembros del 201 y publicaría en abundancia discursos y arengas patrióticas. E inclusive se cantarían con gran virilidad:

Ya somos los más chicos
de todo el escuadrón:
Nos llevan por machitos
En bien de la Nación.⁷¹

Es importante tener en cuenta que el Escuadrón 201 estaba integrado por 28 especialidades distintas encabezadas por los pilotos; sin embargo, éstos estaban apoyados por una amplia gama de técnicos que iban desde armeros, pasando por los mecánicos, médicos, fotógrafos, hasta los cocineros.⁷² En Estados Unidos, el escuadrón se dispersó en varias bases militares, fábricas y centros de perfeccionamiento. Los mexicanos estuvieron en: Randolph Field, Foster Field (Texas), Pocatello (Idaho), Long Island (New York), Boca Ratón (Florida) y otros. El adiestramiento comprendió distintos cursos según la especialidad y los mexicanos permanecieron aproximadamente siete meses en Estados Unidos. Según la prensa, el escuadrón recibió una preparación excelente y se destacó por

su habilidad y disciplina, aunque tuvieron que lamentar el deceso de dos pilotos en los entrenamientos.⁷³

De forma paralela, a finales de diciembre de 1944 el presidente, Manuel Ávila Camacho, solicitó ante la Cámara de Senadores el permiso correspondiente para que el escuadrón pudiera tomar parte activa en los combates. En la solicitud, el presidente escribió que México sentía el compromiso moral de ayudar al triunfo contra las dictaduras nazifascistas, a pesar de que las potencias aliadas no habían solicitado tal incorporación. Aclaraba que la participación

por modesta que sea numéricamente, esa cooperación, su alcance simbólico será grande, porque expresará de manera solemne —y de acuerdo con las tradiciones viriles de nuestra historia— la voluntad nacional de participar en el esfuerzo que es necesario desarrollar aun en la actualidad para conseguir una paz cimentada en los postulados de libertad y justicia humanas que han sido siempre aspiraciones profundas de nuestro pueblo.⁷⁴

Los senadores aprobaron por unanimidad la solicitud por considerar necesario que las fuerzas armadas mexicanas fueran al campo de batalla, pero el permiso consideraba de forma exclusiva al Escuadrón aéreo del 201. En general, la Cámara de Diputados “acogió con satisfacción” el envío de tropas; por consiguiente, el ejecutivo tuvo la facultad de enviar a las fuerzas armadas a los frentes de batalla hasta que concluyera la guerra.⁷⁵

Cabe mencionar que la decisión presidencial de enviar al frente de guerra al Escuadrón 201 se llevó a cabo en un momento en que las relaciones interamericanas volvían a entrar en tensión. Hacia finales de 1944 la preocupación norteamericana por consolidar el sistema interamericano había pasado a segundo plano frente al interés por concertar acuerdos con las grandes potencias de Europa y Asia, como fue la reunión de Dumarton Oaks en los meses de agosto y octubre de ese año, en donde se mostraban

claramente las intenciones hegemónicas de Estados Unidos, Gran Bretaña, China y la Unión Soviética sobre el resto del mundo.⁷⁶

El desacuerdo mexicano ante las nuevas posiciones imperialistas de dichas naciones, en particular de Estados Unidos, se observó en la Conferencia de Chapultepec sobre los problemas de la guerra y la paz, llevada a cabo entre febrero y marzo de 1945. Si bien la iniciativa mexicana al organizar la conferencia iba dirigida a intensificar la colaboración interamericana, sobre todo en materia económica, la posición norteamericana la limitaba al logro de una alianza militar. No es difícil suponer que el envío de los mexicanos al frente estuvo asociado a la idea del gobierno mexicano de sostener una posición de mayor fuerza en la negociación diplomática, al contribuir con un compromiso mayor en el conflicto bélico.

El 23 de febrero de 1945, los miembros del escuadrón fueron concentrados y abanderados en la base militar aérea de Majors Field, en Grenville, Texas.⁷⁷ Pocos días antes se había anunciado que la fuerza expedicionaria iba a participar en el frente del Pacífico del Sudeste; es decir, se iba a unir al ejército norteamericano comandado por el conocido general Douglas Mac Arthur. El escuadrón tenía la misión de apoyar al ejército norteamericano para liberar a los territorios filipinos de la ocupación japonesa. Sin embargo, cuando el escuadrón se dirigía hacia Manila, los norteamericanos ya habían ganado la batalla más importante del mar de las Filipinas; habían bombardeado Formosa, desembarcado en Lyte, liberado Manila e iniciaban la ocupación a la isla de Okinawa.

El 27 de marzo de 1945, el escuadrón, que previamente había sido concentrado en la base militar de Stoneman, California, partió rumbo a Manila. La travesía fue muy lenta porque tuvo que evitar a las fuerzas enemigas y duró 33 días. Durante ese tiempo los jóvenes militares fueron instruidos en las técnicas de combate, fueron informados sobre los peligros a los que se exponían y sobre las costumbres de la población nativa. Como parte del entrenamiento, los miembros del escuadrón participaron en simulacros de combate y de ataque enemigo; de

igual manera, se les distrajo con funciones de cine, conciertos de música y torneos de box.

A su llegada a Manila, el 30 de abril de 1945, según las noticias:

los mexicanos se mostraron contrariados cuando supieron que sólo quedaban unos cuantos japoneses en los cielos de Filipinas, y que la mayor parte de las operaciones de caza consistirían en bombardear y ametrallar al enemigo, en apoyo de las fuerzas de tierra.⁷⁸

El escuadrón fue concentrado en la base de Clark Field y se unió a la Quinta Fuerza Aérea Norteamericana. En la región, la situación militar estaba relativamente resuelta, la fuerza aérea y la naval japonesa se encontraban muy diezmadas. Sin embargo, todavía se libraban combates en el sur de la isla de Luzón y en algunas otras regiones donde las tropas del general Yamashita resistían.

Entre junio y julio de 1945, el escuadrón, después de una etapa de entrenamiento y adaptación, entró en combate. Su misión fue apoyar el avance de las fuerzas terrestres norteamericanas, para lo cual realizó distintos bombardeos y ametrallamientos al oriente de Manila, en el valle de Cagayán (Luzón), en Karenko (Formosa) y la isla de Mikado.⁷⁹ Debido a estas incursiones, el Escuadrón 201 tuvo que lamentar la pérdida de cinco de sus miembros.⁸⁰

En los primeros días de agosto, la situación bélica entró en agonía con el lanzamiento de las bombas atómicas en Hiroshima y Nawasaki. En consecuencia, Japón declaró su rendición el 14 de agosto.⁸¹ A pesar de ello, los mexicanos continuaron realizando diversas tareas para someter a los japoneses que habían quedado aislados y seguían resistiendo. En realidad, el escuadrón dio por terminada la guerra en los primeros días de septiembre. En seguida, los miembros prepararon la evacuación, reunieron el equipo, exhumaron a sus muertos y abandonaron Manila el 23 de octubre. Después de veintitrés días de truculento viaje, el escuadrón llegó a San Pedro California, donde los recibieron con un gran festejo.

Después de cruzar tierras norteamericanas desde California hasta Texas, el 16 de noviembre el escuadrón entró en territorio mexicano. En Nuevo Laredo, una comisión formada por altos mandos militares y políticos preparó la primera ceremonia para recibir a los mexicanos que habían ido a la guerra. A partir de ese momento, los festejos, celebraciones y muestras de afecto se repetirían por algunos meses y por todo el territorio. El pueblo lloraría a los caídos y exigiría al gobierno que premiara a los sobrevivientes.

A manera de conclusión

El 1 de diciembre de 1945, por acuerdo presidencial, la Fuerza Aérea Expedicionaria Mexicana fue disuelta y sus miembros se reintegraron a sus dependencias anteriores. Era evidente que los héroes de la guerra querían reclamar mayores privilegios y podrían crear un clima de hostilidad entre las fuerzas armadas. Ante esta posibilidad, el presidente y los altos mandos decidieron dispersarlos. Algunos de ellos hicieron baja en el ejército y se incorporaron a la vida civil. De tal forma, el objetivo de capacitar a un sector del ejército aprovechando la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial, prácticamente no tuvo el resultado esperado. Por el contrario, el gobierno mexicano tuvo que invertir una importante partida del presupuesto bélico que había llegado a México mediante los acuerdos estratégicos, en los gastos que representó la capacitación y equipamiento del Escuadrón 201, aunque el gobierno norteamericano, sin duda, también invirtió en el mismo.

De igual forma, la decisión presidencial de enviar al escuadrón al frente de guerra mientras se llevaba a cabo la Conferencia Panamericana de la ciudad de México, tampoco sirvió de mucho en el debate diplomático. Es bien sabido que el fin de la Segunda Guerra Mundial consolidó el papel hegemónico de Estados Unidos sobre Latinoamérica, aunque en el caso mexicano, la diplomacia nacional se mantuvo fiel a los principios de no intervención y de respeto a la

soberanía de los estados. Tampoco la capacitación y colaboración directa del Escuadrón 201 por parte del ejército norteamericano contribuyó a incrementar las relaciones de tipo castrense entre México y Estados Unidos. En este sentido, la actitud recelosa del ejército nacional, mostrada a través de las distintas acciones en la defensa estratégica, fue determinante. Ello permitió a México consolidar un ejército más independiente del área de influencia norteamericana, a diferencia de otras naciones latinoamericanas que permitieron el ingreso de misiones o el establecimiento de bases militares. El hecho de que el gobierno mexicano enviara a capacitarse a Estados Unidos a un grupo tan reducido de militares, le permitió mantener al grueso del ejército nacional a distancia del área de influencia norteamericana, lo que de alguna manera contribuyó a la consolidación de gobiernos civiles en México una vez concluida la Segunda Guerra Mundial. De tal forma, nos atrevemos a pensar que el envío del Escuadrón 201 tuvo un fin político que en buena medida se logró.

La creación de la Fuerza Expedicionaria Mexicana también cumplió con otros objetivos políticos. Sin duda, las noticias que circulaban en los distintos medios de comunicación sobre el adiestramiento y las acciones bélicas de los "aguiluchos" fueron el centro de atención de grandes sectores de la población nacional entre 1943 y 1945. Todavía hoy en día se cuentan diversas historias sobre el Escuadrón 201. Pero en aquel momento, el escuadrón se convirtió en el símbolo de la unidad panamericana, a partir del cual el estado mexicano logró involucrar de una forma directa a la opinión pública nacional en los avatares de la Segunda Guerra Mundial. La fuerte carga demagógica y propagandística creada artificialmente sobre la figura del Escuadrón 201 logró distraer la atención de la población nacional frente a los efectos económicos negativos de la alianza estratégica, y fue un ingrediente más en el fortalecimiento de la llamada "Unidad Nacional". Sin duda, arriesgar la vida de 300 hombres resultó un costo menor frente a los beneficios que obtuvo el gobierno de Manuel Ávila Camacho en esos años.

Notas

¹ Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-1993*, 3a. ed. corregida y aumentada, México, FCE, 1994, pp. 123-140.

² Samuel Eliot Morison, Henry Steele Commager y William E. Leuchtenburg, *Breve historia de los Estados Unidos*, México, FCE, 1980, p. 746.

³ Vázquez y Meyer, *op. cit.*, pp. 148-177.

⁴ Ricardo Pérez Montfort, "La quinta columna y el buen vecino", *Anuario de Historia*, FFyL-UNAM, año XI, 1983, pp. 115-129; Alan Knight, "México y Estados Unidos, 1938-1940: rumor y realidad", *Secuencia*, núm. 34, enero-abril de 1996, pp. 129-153.

⁵ Degler, Carl N., Thomas C. Cochran, Vincent P. de Santis, Holman Hamilton, William H. Harburgh, Arthur S. Link, James M. McPerson, Russel B. Nye, David M. Potter y Clarence L., Ver Steeg, *Historia de los Estados Unidos*, Limusa, 1986, pp. 528-536.

⁶ Sobre las primeras reuniones panamericanas véase: Víctor A. Arriaga, "México en los inicios del movimiento panamericano, 1889-1890", en Roberto Blancarte (comp.), *Cultura e identidad nacional*, México, FCE, 1994.

⁷ César Sepúlveda, *Las relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos en el siglo XX*, México, Impresora Monterrey, 1953, p. 46.

⁸ Remedios Gómez Arnau, "México en la organización de la defensa hemisférica en los años de la Segunda Guerra Mundial (1938-1945)", México, tesis de licenciatura en Relaciones Internacionales, El Colegio de México, 1979, pp. 32-33.

⁹ Vázquez y Meyer, *op. cit.*, p. 171.

¹⁰ Gómez, *op. cit.*, p. 34.

¹¹ Degler *et al.*, *op. cit.*, p. 531.

¹² Verena Radkau, "El tercer Reich y México", en Brígida von Mentz, Verena Radkau, Daniela Spencer y Ricardo Pérez Montfort, *Los empresarios alemanes, el tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas*, México, CIESAS (Miguel Othón de Mendizábal 12), 1988, pp. 69-142.

¹³ Rafael Loyola Díaz, *El ocaso del radicalismo revolucionario*, México, IIS-UNAM, 1991, p. 29.

¹⁴ María Emilia Paz Salinas, "México y la defensa hemisférica, 1939-1942", en Rafael Loyola (coord.), *Entre la guerra y la estabilidad política. El México de los 40*, México, CEMCA/Grijalbo, 1986, p. 53.

¹⁵ Desde el punto de vista defensivo, los estrategas norteamericanos se concentraron en el fortalecimiento de sus posiciones en el Océano Atlántico, ya que no suponían un ataque por el Pacífico.

¹⁶ Gómez, *op. cit.*, pp. 3-17.

¹⁷ Blanca Torres, *Historia de la Revolución Mexicana 1940-1952, México en la Segunda Guerra Mundial*, México, El Colegio de México, 1979, p. 19.

¹⁸ Eliot Morison *et al.*, *op. cit.*, p. 754.

¹⁹ Gustavo Abel Hernández Enríquez y Armando

Trujillo, Manuel Ávila Camacho, *biografía de un revolucionario con historia*, t. II, México, Ediciones del Gobierno del Estado de Puebla, 1986, p. 23.

²⁰ Luis Medina, *Historia de la revolución mexicana, periodo 1940-1952. Del cardenismo al avilacamachismo*, México, El Colegio de México, 1978, pp. 126-131.

²¹ Verena Radkau, *op. cit.*, pp. 113-138.

²² Gómez, *op. cit.*, pp. 45.

²³ Hernández y Trujillo, *op. cit.*, p. 12.

²⁴ Torres, *op. cit.*, pp. 36-37.

²⁵ *Idem*, pp. 33-34.

²⁶ Medina, *op. cit.*, pp. 157-159.

²⁷ *Idem*, p. 173.

²⁸ Ricardo Pérez Montfort, "El discurso nacional socialista en México", en Mentz *et al.*, *op. cit.*, p. 312.

²⁹ Al respecto véase la apología del panamericanismo que hace Ezequiel Padilla, *El hombre libre de América. Un augurio para la postguerra*, México, Editorial Nuevo Mundo, 1943.

³⁰ Véase una parte de este cuestionamiento en Gómez, *op. cit.*, pp. 153-156.

³¹ En junio también se hundieron los buques Tuxpan, Chiapas y Monterrey.

³² Torres, *op. cit.*, p. 94.

³³ Loyola, *op. cit.*, p. 45; Hernández y Trujillo, *op. cit.*, pp. 50-54.

³⁴ Hernández y Trujillo, *op. cit.*, pp. 54-55.

³⁵ Sobre el papel de los medios de comunicación durante la guerra véase: José Luis Ortiz Garza, *México en guerra, la historia secreta de los empresarios mexicanos de la comunicación, los nazis y Estados Unidos*, México, Espejo de México Planeta, 1989.

³⁶ Torres, *op. cit.*, p. 106.

³⁷ Medina, *op. cit.*, p. 173.

³⁸ Gómez, *op. cit.*, p. 173.

³⁹ *Idem*, p. 51.

⁴⁰ Medina, *op. cit.*, pp. 219-221.

⁴¹ Jorge Alberto Lozoya, *El ejército mexicano (1911-1965)*, México, El Colegio de México, 1970, pp. 51-52.

⁴² Guillermo J. R. Garduño Valero, "El ejército mexicano, el poder incógnito", *Iztapalapa*, núm. 34, julio-diciembre de 1994, pp. 94-95.

⁴³ Guillermo Boils, *Los militares y la política en México 1915-1974*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, Ediciones "El Caballito", 1975, pp. 69-70.

⁴⁴ Los otros generales fueron: Francisco J. Múgica, Gildardo Magaña y Joaquín Amaro.

⁴⁵ General Tomás Sánchez Hernández, "Transformación del ejército", *Revista del Ejército*, Secretaría de la Defensa Nacional, t. I, décima época, núm. 5, noviembre de 1943, pp. 1-4.

⁴⁶ Por ejemplo, la de armas y servicios, la de transporte, intendencia, personal, ingenieros, sanidad, ae-

ronáutica, comandancia general de transmisiones y el estado mayor.

⁴⁷ Para coordinar dicho plan se creó la Comisión Conjunta de Defensa México-Estados Unidos.

⁴⁸ General de Brigada Othón León L., "Las fuerzas armadas de México", en *Seis años de actividad nacional*, México, Secretaría de Gobernación, 1946, pp. 531-532.

⁴⁹ Citado por Ángel J. Hermida Ruiz en *Cárdenas, comandante del Pacífico*, México, Ediciones El Caballito, 1982, p. 47.

⁵⁰ *Idem*, p. 129.

⁵¹ Para una crónica más detallada sobre la Comandancia del Pacífico véase Hermida Ruiz, *op. cit.*

⁵² Las escuelas eran: Escuela Superior de Guerra, Colegio Militar, Escuela Militar de Aviación, Escuela Médico Militar, Escuela Militar de Transmisiones, Escuela Militar de Intendencia, Escuela Militar de Mecánicos de Aviación, Escuela Militar de Meteorologistas, Escuela para Capacitación de Mecánicos y Conductores Militares, Escuela de Tropas de Material de Guerra, Escuela Militar de Enfermeros y Escuela Militar de Enfermeras.

⁵³ Desde la década de los veinte existieron diversas iniciativas para llevar a cabo la instauración del servicio militar nacional, pero por una u otra razón se había pospuesto.

⁵⁴ El primer grupo de 5 mil entró en enero de 1943 y otros 5 mil entraron en julio del mismo año.

⁵⁵ General Luis Alamillo Flores, "La nación en la Segunda Guerra Mundial", en *Seis años de actividad nacional*, México, Secretaría de Gobernación, 1946, p. 95.

⁵⁶ Manuel Ávila Camacho, "Arenga del C. Presidente de la República a los jóvenes conscriptos", *Revista del Ejército, órgano de divulgación militar*, México, febrero-abril de 1943, pp. 7-11.

⁵⁷ Francisco L. Urquiza, *3 de Diana*, México, Publicaciones Mundiales, 1947, p. 136.

⁵⁸ "Ejército expedicionario", *Excelsior*, 15 de octubre de 1943.

⁵⁹ "No irán soldados mexicanos a los frentes de guerra", *Novedades*, 26 de octubre de 1943.

⁶⁰ "México está obligado a pelear en los frentes de guerra. Noticia recibida con plausible necesidad. Ninguna fuente oficial desmiente la información publicada ayer", *Excelsior*, 15 de octubre de 1943.

⁶¹ *Ibid.*

⁶² Por el hundimiento de barcos, Brasil se incorporó a las fuerzas aliadas. En 1944, el gobierno envió a la Fuerza Expedicionaria Brasileña (FEB) a Italia; dicho ejército tomó parte activa en la reconquista de la península.

⁶³ Salvador Novo, "Ventana", *Novedades*, 16 de octubre de 1943 y 14 de diciembre de 1943.

⁶⁴ "La bandera de México en el frente", *El Popular*, 18 de noviembre de 1943.

⁶⁵ Francisco L. Urquiza, *op. cit.*, p. 206.

⁶⁶ Francisco L. Urquiza, "Marcando el paso", *Revista del Ejército*, t. I, núm. 4, septiembre de 1949, pp. 3-5.

⁶⁷ Una de las instancias políticas que decidió el envío de tropas fue la Comisión Conjunta de Defensa México-Estados Unidos. Véase Enrique Sandoval, *Historia oficial de la Fuerza Aérea Expedicionaria Mexicana*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1946, pp. 147-149.

⁶⁸ "Acuerdo a que se ha llegado entre los gobiernos de los Estados Unidos Mexicanos y de los Estados Unidos de América, con respecto a la participación del escuadrón aéreo mexicano de pelea 201, en ultramar", en Sandoval, *op. cit.*, pp. 151-154 y 161-166.

⁶⁹ Francisco L. Urquiza, "Marcando el paso", *Revista del Ejército*, t. I, núm. 5, octubre de 1949, pp. 4-6.

⁷⁰ Se tiene noticia de que los voluntarios fueron 64 trabajadores que pertenecían a la Unión de Obreros de Materiales de Guerra.

⁷¹ Augusto Focil Díaz, "Salió el primer contingente bélico", *El Nacional*, 25 de julio de 1944.

⁷² Una relación completa de los miembros del escuadrón puede verse en "Lista de honor", *El Nacional*, 22 de julio de 1944.

⁷³ Los pilotos fallecidos fueron Crisóforo Salido y Javier Martínez.

⁷⁴ "Podrán salir tropas y elementos bélicos de México a los frentes", *El Nacional*, 30 de diciembre de 1944.

⁷⁵ "Preparación excelente del Escuadrón 201", *El Nacional*, 31 de enero de 1944. A partir de este momento el nombre oficial fue el de Fuerza Aérea Expedicionaria Mexicana.

⁷⁶ Gómez, *op. cit.*, pp. 52-53.

⁷⁷ Jaime Salvador, "Historia del Escuadrón Mexicano de Pelea 201", *Excelsior*, del 15 al 17 de marzo de 1945.

⁷⁸ "Llega a Manila el Escuadrón 201, de México", *Excelsior*, 1 de mayo de 1945.

⁷⁹ "Trascendental misión del Escuadrón 201", *El Universal*, 28 de junio de 1945.

⁸⁰ Los nombres de los fallecidos son: Fausto Vega Santander, José Espinoza Fuentes, Héctor Espinoza Galván, Mario López Portillo, Pablo Rivas Martínez.

⁸¹ "El Escuadrón 201 celebró la victoria contra los nipones", *El Nacional*, 16 de agosto de 1945.

